

DOMENICO QUIRICO

KALÁSHNIKOV

DE VIETNAM A GAZA: LA HISTORIA DE UN SIGLO CRUEL ENCARNADA EN UN ARMA

TRADUCCIÓN DE XAVIER GONZÁLEZ ROVIRA



DEUSTO

Kaláshnikov

De Vietnam a Gaza:
la historia de un siglo cruel
encarnada en un arma

DOMENICO QUIRICO

Traducción de Xavier González Rovira



EDICIONES DEUSTO

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan continuar desempeñando su labor. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

Título original: *Kalashnikov: Dal Vietnam all'Ucraina, in un'arma la storia del secolo crudele*

© Mondadori Libri S.p.A., originalmente publicado por Rizzoli, Milán, Italia, 2024

© de la traducción, Xavier González Rovira, 2025

© Centro de Libros PAFP, SLU., 2025

Deusto es un sello editorial de Centro de Libros PAFP, SLU.

Av. Diagonal, 662-664

08034 Barcelona

www.planetadelibros.com

Diseño de la colección: Sylvia Sans Bassat

Primera edición: marzo de 2025

Depósito legal: B. 2.422-2025

ISBN: 978-84-234-3868-6

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: Rotoprint by Domingo, S. L.

Printed in Spain - Impreso en España



Sumario

Prólogo. Cuarenta dólares	7
1. La bandera. <i>Mozambique</i>	27
Primer intermedio. El <i>kulak</i>	55
2. El armero. <i>Mogadiscio, Somalia</i>	67
Segundo intermedio. La guerra	93
3. La mina. <i>El Congo</i>	107
Tercer intermedio. El invento	129
4. El comandante. <i>Siria</i>	141
Cuarto intermedio. El camarada Stalin	165
5. Los fusiles de Grozni. <i>Chechenia</i>	179
Quinto intermedio. Estancamiento	205
6. El bosque. <i>Ucrania</i>	217
Sexto intermedio. La carta	243
7. La música. <i>Gaza</i>	261

La bandera

Mozambique

En los años sesenta, África se independiza. Es la época de los padres de la patria, del marxismo tropical, de los espejismos de desarrollo. No acuden a esa llamada las colonias de Portugal, irreducible colonialismo de un pequeño país asolado por la racanería de un fascismo burocrático y miserable. Para ser independientes, Mozambique, Angola y Guinea-Bisáu tendrán que esperar hasta la incruenta Revolución de los Claveles, en 1974, tras diez años de guerra truculenta. En apenas dos años, el sueño en Mozambique se convierte en una pesadilla: los maximalismos del partido único, el Frelimo, protagonista de la lucha antiportuguesa y apoyado por la Unión Soviética, desencadenan la rebelión de la Renamo, movimiento armado compuesto mitad por bandidos y mitad por disidentes. Alimenta la lucha Sudáfrica, país que aún permanece anquilosado por el apartheid. La feroz guerra civil que destruye el país dura hasta 1992, triunfan los kaláshnikov y las masacres. La paz la consigue la Comunidad de San Egidio, que ensaya su eficaz diplomacia de buena voluntad, sin falucas ni tráfico. El Frelimo, que ha pronunciado su apostasía del comunismo, convirtiéndose al mercado, sigue en el poder. La guerra también continúa, pero con nuevos rostros: los yihadistas vinculados al Estado Islámico en el norte, rico en petróleo y gas.

El hotel Polana, en Maputo, es una lujosa torre de Babel, una colmena de cinco estrellas donde un enjambre de huéspedes se agolpa en torno al cadáver de Mozambique. Algunos para resucitarlo, muchos más para repartirse los restos, para obtener un rédito político o económico. Dicen que el hotel es propiedad de una empresa sudafricana. Imposible, pienso. Sudáfrica arma y financia a los guerrilleros de la Renamo, la Resistencia Nacional Mozambiqueña, que quieren derrocar al Gobierno marxista y lo destruyen todo, como termitas impacientes. El Gobierno de Maputo es la primera línea del frente de rechazo, el líder de los países independientes del sur de África que asedian el *apartheid* blanco impuesto por el régimen racista de Pretoria. Tal vez están a la espera de que las sanciones occidentales lo asfixien sin aspavientos... Quién sabe cuánto tardarán. Pero, al parecer, los rumores sobre la propiedad del hotel no son sólo una leyenda.

En el suntuoso jardín, aves como golondrinas, de un azul casi negro. Cerca de la piscina está la barbacoa. La carne chisporrotea y el hielo tintinea en los altos vasos que rebosan de vino y de cerveza. Sirve un camarero de ojos tristes. Lleva una chaqueta blanca inmaculada, nunca levanta la vista cuando pone la comida en los platos. En la piscina del hotel, los *consejeros rusos* van sumando largo tras largo, como si se prepararan para las Espartaquiadas, mientras que los pilotos ingleses completan su turno de descanso antes de despegar con los aviones del Programa Mundial de Alimentos, que intenta llevar comida a los mozambiqueños que se esconden en los bosques para huir de la guerra, aislados de la humanidad por la destrucción de carreteras, puentes, vías férreas.

En el Polana no faltan funcionarios de las Naciones Unidas y de alguna organización humanitaria, provistos con todas las comodidades de un hotel de lujo para que nada los distraiga de la labor de salvar a una porción del género humano: con sus camisetas chillonas y las gorras de béisbol parecen invitados a una fiesta en la periferia londinense. Y luego están los periodistas, en busca de color, guerra y hambre que poder grabar sin tener que soportar incómodos y peligrosos viajes a la selva. Para ellos, estar en Maputo ya resulta suficiente.

Y hay más: chinos y norcoreanos, enigmáticos, discretos, silenciosos. «Cooperantes», explican los impenetrables hombres del Frelimo, el partido en el poder, a quienes muestran una excesiva curiosidad.

En Maputo, otros rumores explican que son especialistas en torturas, interrogatorios, técnicos de «seguridad» interna, especialmente los norcoreanos. La supervivencia del Frelimo, el Frente de Liberación de Mozambique, depende de su larga experiencia en limpiar hasta los rincones más escondidos de tibios en ideología y de traidores en actos. Los que saben señalan —gestos vagos, palabras entrecortadas— una casa, una villa decorada con aquellos preciosos azulejos con los que los portugueses revestían las paredes como de saudade y nostalgia. Una villa oculta tras un alto muro con alambradas (resulta útil incluso ahora que los propietarios han huido) y el púrpura carnosos de las jacarandas. El perfume desbordante sofoca el hedor de los interrogatorios despiadados, de los sucios ajustes de cuentas.

En el Polana, la historia se ha detenido. Es como si amigos y enemigos se hubieran escabullido de las trincheras: aquí se reúnen, charlan, confraternizan, traicionan en tierra de nadie, tomando una copa o una langosta. Milagro —o escándalo, elegid vosotros mismos— de un país destruido de muertos, ectoplasma de fantasmas hambrientos.

En el Polana, la bandera de Mozambique le flamea a uno en las narices izada en un mástil lo bastante corto como para que pueda verse claramente su diseño. Es grande, muy colorida, se enfrenta con valentía al poderoso abrazo del viento que sube desde la bahía y el océano. En la cruda luz el sol yace libremente, extendiendo sus rayos sin el sofoco de las nubes. Los cubos de las casas de la orilla son más blancos. El aire es más ligero. En los muelles, casi desiertos, un barco ruso procedente de Odesa estiba su cargamento: armas, municiones, ruedas de camión. El gran hermano del Este, aliado perfecto para extender la Guerra Fría en África, mantiene viva la Revolución. Nadie controla, sólo algunos soldados observan distraídos a los obreros que trabajan. El agua es del color del estaño. Las piernas de los hombres de pie sobre las piraguas parecen más largas debido a las sombras que

se prolongan sobre el agua. ¿Acaso fue éste, simplemente, el milagro de Jesús?

La bandera de Mozambique es hermosa, complicada: tres franjas horizontales, verde, negra y amarilla, un triángulo de un rojo vivo y una estrella amarilla sobre la que se representan un libro abierto, una azada —la pequeña azada africana de mango corto, apta para quien está demasiado débil y sólo puede arañar la tierra, no ararla— e, imposible no reconocerla, la silueta de un kaláshnikov, con su cargador curvado y la bayoneta calada.

Es una bandera joven: la independencia es de 1975; es la única bandera del mundo de una nación en la que aparecen no espadas medievales, arcos, lanzas o dardos, sino un arma moderna.

Me han ayudado a descifrar sus significados simbólicos. La estrella amarilla indica la solidaridad, o al menos la esperanza de ella, que une a los mozambiqueños y la fe en el socialismo más o menos científico. El libro es la instrucción, la cultura, esperada arma de redención, bastante hipotética en un país donde al menos dos mil escuelas primarias han sido destruidas en veinte años de guerra. Luego está la azada, es decir, los campesinos y la clase rural revolucionaria, maoísta, la única existente en un país atrasado, saqueado por el miserable y arcaico colonialismo portugués. Y después, el fusil de asalto con el que los partisanos del Frelimo han luchado por la independencia, y la determinación del pueblo de defender la libertad conquistada cuando Portugal, con la incruenta Revolución de los Claveles, liquidó la dictadura y las colonias.

Miro la bandera. Y la comparo con los rumores que rebotan por las frescas salas del Polana, densos entre sus huéspedes con sus muchos misterios. Todos ellos aseguran proceder de una fuente importante y se susurran con el tono de un regalo exclusivo:

—En Memba, una ciudad del norte, hace sólo una semana, los habitantes comían ratas para sobrevivir...

En la otra oreja, sin embargo, alguien asegura:

—La situación alimentaria está bajo control, este año las lluvias han sido buenas, haber autorizado el libre mercado ha obrado milagros y, a pesar del problema de que no hay medios de

transporte, todo va mejorando. En la costa, además, están llegando por fin las ayudas internacionales...

Pero en este caso está claro: los *rumores* que siembran el optimismo son alimentados por los agentes de seguridad que ocupan las butacas del Polana en busca de espías y traidores, y mientras tanto llenan los cuadernos de los periodistas chismosos y más crédulos.

—Claro que sí, ya no hay una hambruna como la que sufrieron algunas provincias durante la terrible sequía de 1983-84. Ese horror quedó atrás... Hoy existe un progreso, créanme: la pobreza está mejor repartida...

Mejor repartida... Escucho estupefacto a este funcionario alemán de las Naciones Unidas que, repantigado en un sofá, sorbe con avidez una copa de oporto. Un hombre cansado, disgustado.

Pienso de nuevo en el kaláshnikov sobre la bandera: el coraje, la tenacidad del pueblo. El pueblo... El pueblo. Cuando dicen esta palabra, creen que ya lo han dicho todo. Claro: el pueblo heroico.

¿Y los cinco mil muertos de Memba, la ciudad del norte donde causó estragos la hambruna? ¿O fueron siete mil, como dicen las organizaciones humanitarias? ¿O diez mil, como dicen en el Polana los que saben, y por desgracia en este caso sí saben de verdad? Esa gente también era pueblo, ¿no os parece? Pero ¿cómo averiguar la cifra exacta?

Para llegar a Memba —la ciudad donde comen ratas; sí, esa misma— desde el Polana hay mil kilómetros que se han de pedalear por las latitudes: dos horas en avión, en coche sería demasiado. Pero son cálculos hipotéticos, el territorio está controlado por la guerrilla, las carreteras ya no existen, el aeropuerto está abarrotado de escombros y de cadáveres quemados. La sequía ha vaciado los almacenes de trigo. De octubre a febrero, la gente empezó a alimentarse a base de hierbas y raíces. Nadie se ocupó de ellos, mil kilómetros de distancia es demasiado, los políticos del Frelimo tenían que pensar en la guerra, en los kaláshnikov que comprar a los países hermanos de Marx, en la Renamo, que se iba poniendo cada vez más agresiva, en esos malditos bandidos...

—Llegaban telegramas, y a qué ritmo: los sacerdotes católicos, el obispo, y nosotros, los de Care, también los enviábamos.

Todos los días, cuando aún se podía encontrar algo de comida, y también después, cuando la gente se moría de hambre por las calles. Simplemente se olvidaron de ellos, eso es todo... Ésta es una *no man's land*, un lugar asfixiado por la guerra donde miles y miles de personas pueden morir de hambre sin que nadie se ocupe de ellas.

El director de la ONG Care es uno de los que saben lo de Memba. Parece incómodo en el hotel, lee en una hoja de papel que intenta alisar con la mano tenues líneas trazadas a lápiz, palabras y cifras inconexas. Es como si tratara de llamar a la vida a esos números que eran seres humanos, el único testimonio de que esta vez el final podría haber sido distinto. Quizás lo lleva consigo como un trágico talismán: si otra conclusión hubiera sido posible entonces, podría volver a serlo de nuevo. Porque habrá otra vez. Por desgracia.

—Cuando el Gobierno de Maputo se dio cuenta de que miles de personas se estaban muriendo de hambre y empezaron a llegar los primeros cargamentos de alimentos al puerto de Memba, ya era demasiado tarde. Los más débiles ya habían sido borrados del mapa. Las enfermedades mataron a los demás. No olvides esto: a cincuenta kilómetros de allí, en Nacala, ocho mil toneladas de alimentos esperaban en silos a ser distribuidas. Dos mil toneladas ya se habían estropeado. Esa pobre gente no murió de hambre, murió de indiferencia y de burocracia. La solidaridad murió asesinada por la política del *sálvese quien pueda*, del *día a día*. Las noticias de las incursiones rebeldes, una lista de muertes y de crueldades, merecen aquí a lo sumo algún comentario distraído, es la banalidad de una guerra que a estas alturas ya forma parte de la vida. Hace unos días, el ahogamiento de un submarinista en la bahía fue una noticia más relevante que las masacres en el norte, en el sur, en el este, en el oeste. Ten cuidado: no vayas a empezar también tú a leer sólo las cifras, a contentarte con ello.

No hay banderas ondeando sobre la capital de los rebeldes de la Renamo, sobre lo que ellos llaman las «tierras liberadas» de Zambezia y Sofala, en el centro del país. Las cabañas de bambú

deben permanecer bien protegidas por la vegetación tropical, invisibles para los helicópteros y los MiG del ejército. Pero entonces: ¿existe la bandera de la Renamo?

Antes de partir de Maputo hacia las tierras liberadas, todo el mundo te aconseja que seas prudente:

—Con los rebeldes no tienes nada que temer, insistirán en que vayáis con ellos. Y está bien. Pero...

Quienes son invitados aquí a echar un vistazo al otro Mozambique, el de los *jemerres negros*, se lleva consigo ese *pero* mientras se adentra en un complicado laberinto de caminos rurales. La espesura parece interminable, cientos de kilómetros de pistas amarillas y rojas, con una andadura fluvial, largas curvas ociosas, duras roderas, torrentes inesperados. Una fina vena dentro de un mundo ignorado, presa de sus fantasmas concretos. Un hilo te guía por un laberinto de gigantes arbóreos e interminables floraciones amarillas y moradas, dentro de los meandros del gran bosque, solemne como una titánica catedral verde. La seguridad del huésped no es la razón de este vagar. Si acaso, quieren confundir su orientación, impedir que se reconozcan lugares, que se impriman en la memoria referencias que luego puedan guiar a los soldados gubernamentales por el camino adecuado. La obsesión por los espías no sólo forma parte del inconsciente de los marxistas de Maputo.

Estamos borrachos de curvas, senderos, rotondas. Deberíamos estar en la zona del monte Chiperrone, a un par de días de marcha al suroeste de la ciudad de Milange. El pueblo se extiende en el bosque, abarca quizás incluso unas cuantas hectáreas: deliberadamente impalpable, descansa con sus cabañas a la sombra protectora y furtiva de la maleza. Cada choza tiene capacidad para cuatro hombres. Cuando amanece, sus habitantes no se alejan mucho. Se quedan sentados a la entrada, dispuestos a preparar e ingerir su comida, hecha con harina de maíz y de mijo. Nadie lleva uniforme. Sólo pantalones andrajosos y camisas almidonadas por la suciedad de la jungla. Muchos van con el torso desnudo y descalzos. Pero todos poseen un kaláshnikov con, al menos, cuatro o cinco cargadores curvados. Tampoco los oficiales llevan uniforme ni distintivos de rango, pero se los reco-

noce porque nunca van con el torso al desnudo y añaden un revólver al fusil. Son los *comandantes*. Los hombres se dirigen a ellos poniéndose firmes y dando un pisotón a cada frase u orden.

Luego están las guerrilleras, cuya edad no supera los 15 años: visten camisetas de colores y pantalones cortos, y nunca se separan de sus metralletas. Algunas cuentan, orgullosas, que ya han combatido al menos un par de veces. Hay aquí y allá zonas labradas, unidas entre sí, la dulce tierra cultivada. Un hombre pasa de cabaña en cabaña: lleva unas brasas ardiendo con las que encender un pequeño fuego en el suelo de tierra para llenar las chozas de humo y mantener alejados a los mosquitos.

Veo a un único anciano. Está sentado bajo un árbol y observa cómo el hombre que lleva el fuego lanza destellos en la oscuridad de las cabañas. Parece, y tal vez lo sea realmente, un ritual que se repite toda la vida a la misma hora. En medio de ese mundo precario de jóvenes feroces, produce la impresión de una inmensa estabilidad, con su barba rala y blanca, sus manos oscuras y frágiles como hojas secas. Está en el umbral de la vida, como todos en este lugar, pero ya nada puede cambiarlo. Ya está más allá del tiempo, viejo quizás desde siempre. En una de las cabañas, una niña soldado, increíblemente, canta.

Me digo: aquí falta algo. Ya está, ahora ya lo sé: el bar que he visto en todos los pueblos africanos, con guerra o sin ella, lleno de hombres de aspecto sombrío que sorben cervezas en absorto silencio. No hay música, no hay prostitutas, que no pueden faltar a lo largo de todos los caminos del continente. Parece que la angustia procede del suelo mismo de Mozambique, que se filtra por una grieta como un mal recuerdo.

Del espeso bosque surge un grupo de reclutas. Marchan cansados, algunos tienen un aspecto desnutrido, no parecen haber obtenido un gran provecho de la guerra. Pasan casi aletargados junto a las cabañas, el anciano los sigue con la mirada, excitada por un momento. También los milicianos sentados frente a su comida los miran. Aquí todo el mundo parece no hacer otra cosa que mirar.

Me encuentro en el cuartel general del comandante Calisto, éste es su centro de abastecimiento y de descanso. Su poder so-

bre cuatro mil combatientes es absoluto, indiscutible. Calisto tiene 34 años. Para los hombres que llevan décadas de guerra es un veterano, un hombre besado por el destino porque aún no ha muerto. Por lo tanto, es un gran comandante.

Se trata de un jovenzuelo de cara redonda, no tiene aspecto de haber sufrido el hambre como muchos de sus guerrilleros, pero se lo ve macilento y cansado. Mientras permanece sentado mirando al frente e intentando recordar cómo fueron las cosas al principio de la revuelta, las arrugas que van desde sus fosas nasales hasta las comisuras de los labios se profundizan y se endurecen. Endereza los hombros y me explica:

—Durante mucho tiempo luchar aquí fue duro. Sólo teníamos ametralladoras y unos pocos cargadores que conseguíamos esconder de las redadas de los soldados llevándolos al hombro por las montañas. Nada o casi nada para comer. La gente fue fantástica, se privaban de lo poco que tenían para traérselo, a muchos de ellos los mataron los soldados al querer reunirse con nosotros. Pero lo intentaban de nuevo, una y otra vez, incluso los niños y las mujeres se internaban en el bosque.

Su rostro se arruga de cansancio. Pienso en la confesión que me ha hecho un chico hace un rato: aquí, en la base, los comandantes comen arroz, pollo y harina de cereales tres veces al día.

—El Gobierno quería matar de hambre a todo el mundo para privarnos de ayuda y, sobre todo, de reclutas. Querían el desierto. El ejército saqueaba los cargamentos de ayuda alimentaria y los distribuía entre sus soldados. Luego, de vez en cuando, organizaba algún reparto de harina para dar muestras de generosidad frente a los periodistas y las televisiones, convocados para el espectáculo. Pues bien, la gente nos traía también esa comida. Nosotros les decíamos que pensarán ante todo en los niños, los niños tienen la vida por delante. No tienen la culpa de esta guerra, ni de los criminales que mandan en Mozambique... Pronto no harán más daño esos traidores.

Calisto quiere mostrarme su mando, deprisa, porque está a punto de partir. Encabezará una columna que debe inspeccionar la pista que conduce a la ciudad de Milange, que la Renamo ha anexionado hace poco a los territorios *liberados*. El puesto de

mando consta de tres grandes cabañas con suelo de tierra batida y un porche cubierto por una lona de camuflaje. Calisto ofrece Coca-Cola, que llega del vecino Malauí, donde los rebeldes se procuran suministros y se refugian durante las ofensivas gubernamentales. En el porche hay colocados unos sofás que parecen pecios lunares en medio de la jungla. La casa tendría algo de monástica si no fuera por esta salida de tono burguesa, una referencia a algo imposible. Sentarse parece un acto inapropiado. Calisto explica:

—Botín de guerra, de conquista.

Y muestra con satisfacción también una Honda de *motocross* y su reloj.

Hay algo a lo que los rebeldes se dedican con gran alegría: explicar las incursiones para destruir todo lo que pertenece al Frelimo, es decir, todo lo que es del Gobierno y de los mozambiqueños. Hay algo bárbaro, algo obsceno en esta furia: no se trata de una táctica para debilitar al enemigo, pertenece a los furiosos rituales en los que se ofrecen sacrificios a los demonios malignos. Calisto quiere hablar de otra cosa, concluye el tema:

—No somos bárbaros, en el fondo, son cosas nuestras. Pero hay que recuperarlo todo, o destruirlo todo.

Un teniente insiste, no deja pasar la ocasión:

—Estamos especializados en destruir puentes. Se requiere habilidad para volar estos bonitos puentecitos que los portugueses construyeron por todas partes para no mojarse los pies. Son fuertes, resisten incluso la temporada de lluvias, que arrasa con todo. Esos hijos de puta pasan por encima con camiones cargadísimos y no se caen. Calisto, ¿cuántos hemos hecho volar por los aires? Veinte, treinta... Tal vez más.

Calisto bosteza molesto, como si el tema lo hubiera cansado, un gag repetido muchas veces. Pero el otro no se detiene:

—Un paquete de TNT bien colocado en el pilón central, una mecha y ¡bum, adiós puente! Hoy no hay río, arroyo o riachuelo en esta provincia que se pueda cruzar manteniendo los pies secos.

Se ríen satisfechos y pienso que toda historia humana tiene su letra. Este relato es la letra de la canción de esta guerra salvaje. Vives y ríepites: «Se puede odiar».

Cuando uno le pregunta si es verdad que hace prisioneros, rehenes, Calisto esboza un aburrido «no» con la mano:

—No son más que mentiras, nosotros luchamos, no tenemos la posibilidad de mantener al enemigo. ¿Dónde, si siempre estamos en movimiento? ¿Con qué medios, si apenas tenemos para alimentarnos?

¿Cómo decirle que, según la Cruz Roja, que negoció en vano su liberación en esta base, hay al menos una treintena de rehenes, comerciantes, agrónomos, personal encargado de ejecutar obras públicas? Personas secuestradas en Luabo, Milange, Mutarara, que no tuvieron tiempo de escapar. Muchos están encarcelados con sus familias, viven como los guerrilleros y son trasladados a diversas bases en la jungla. Algunos se han visto forzados a llevar esta vida desde hace meses; otros, durante años. Hay rehenes que han muerto de privaciones o de enfermedades y han dejado solos a sus hijos pequeños. A los niños secuestrados se les corta el pelo para ser reconocidos. Hay una zona de esta base, la del sur, que da al monte Chiperone, que no se puede cruzar: los prisioneros estarían ahí y, entre ellos, hay algunos portugueses y paquistaníes.

Veo llegar con gran griterío a un grupo de niños que corren, perseguidos por otros niños mayores. Vuelan látigos y palos, no parece un juego, sino una horrible paliza en la que verdugos y víctimas son todos ellos demasiado pequeños. Sólo entonces me doy cuenta, en medio de la gran polvareda, de que las víctimas llevan la cabeza rapada.

—Dicen que sois despiadados, los de la Renamo, que matáis y quemáis aldeas y ciudades.

—Un poco de sangre nunca hizo daño a nadie. ¿Acaso ellos, esa gentuza de Maputo, no la llaman revolución? Lo importante es por dónde empezar.

—Y vosotros, ¿por dónde empezáis?

Calisto rumia un momento:

—Nunca han de sentirse seguros. Nosotros no tenemos nada, ellos no deben tener nada. —Tiene una contracción, como si se tratara de una punzada de dolor—. Eso es lo que han querido. Si al menos tuviera unas buenas ametralladoras pesadas...

Calisto llama a uno de los chicos que están martirizando a los rehenes:

— ¡Ven aquí!

Capto una sonrisa de devoción en el rostro del chico. El comandante sabe que el muchacho le pertenece totalmente.

— Ven aquí — repite.

Se acerca, sus compañeros, los no rasurados, se quedan mirando desde una distancia tranquilizadora en un curioso semicírculo.

— ¿Cómo te llamas?

— Como tú.

— Bien. He visto que pegas fuerte. Pero no es suficiente. También debes aprender a apuntar bien. ¿te gustaría ver mi *kala*?

Los otros chicos también se acercan con cautela.

Calisto le tiende el arma automática: es un modelo reciente.

— Ésta es la palanca de seguridad. Tienes que bajarla... así. Está listo para disparar.

— ¿Qué ametralladora es?

— Se llama kaláshnikov, es rusa. Una buena arma, la mejor.

— ¿Está cargada?

La visión del arma, la consideración del comandante, que le habla delante de sus compañeros, hacen que el chiquillo se vuelva audaz, descarado.

— ¡Siempre está cargada!

El chico saca la punta de la lengua. Se le hace la boca agua, como si olisqueara una comida irresistible. Ahora están todos alrededor del comandante. Uno de los chicos, el más valiente, tiende la mano y toca el arma.

— ¿Cuántas balas dispara?

— Treinta y cuatro.

— ¿A cuántos hombres has matado así?

Calisto sostiene la ametralladora delante de los chicos, como si presentara un regalo. Los mira con sus ojos oscuros, atentos, pacientes. Está meditando la respuesta que va a dar.

Su interés por un arma lo deja a uno sin aliento. Es una escena que se ha repetido delante de mis ojos en otros mil lugares. La fascinación ejercida por un instrumento odioso, que mata. Pero

que también significa la fuerza y la vida. En la historia occidental, se puede echar mano de las ideologías: comunismo, democracia, libertad y todo lo demás; empuñar cuidadosamente el kaláshnikov y utilizarlo para lo que sirve: matar, sin demasiados remordimientos. Pero aquí, en el desolado macizo de Chiperone, todo es trágicamente sencillo, reducido a su esencia: uno sólo cuenta con esto para sobrevivir.

Calisto es poco más que un bandido, está al mando de un grupo de mercenarios analfabetos que se merecen con creces el apodo de jemerres negros (por los métodos que utilizan, en modo alguno por un proyecto político de purificación de la sociedad, aunque sea sangriento, demencial, que está por encima de sus posibilidades y ambiciones. Quieren poder y riqueza. Las armas se las proporciona Sudáfrica, ellos son los esbirros de los señores blancos del *apartheid*, del último racismo declarado, institucional, constitucional).

El comandante podría salir airoso sin dar cifras, diciendo: «Mato por vosotros, lucho por vosotros. Este trozo de metal sirve para eliminar de vuestra infancia todo lo que a mí también me hizo desdichado, toda esta hambre, suciedad, desolación». Es una buena razón para justificar una masacre: «Es por vuestro bien, quiero rehacer el mundo con vosotros».

Qué ridículas mentiras en boca de Calisto, el saqueador, el ogro de Renamo. Aun así, esos niños se merecen la verdad. Pero ésa no puede ser la verdad: el espejismo de un universo sin guerras ni masacres, un mundo en vías de enfriamiento, con derecho a ser felices a su manera. La verdad es más sencilla, pero al fin y al cabo se trata de la única posible allí, en las tierras donde gobierna el kaláshnikov: matar es la vida.

—¿Que a cuántos he matado? Al principio los contaba: llegué hasta diez, pero luego me detuve. Mira aquí, la palanca. Si mueves la palanca una posición más, dispara ráfagas de treinta tiros, uno tras otro, sólo hay que mantener apretado el gatillo. De derecha a izquierda, de izquierda a derecha... Entonces los enemigos que caen son tan numerosos que ya no puedes contarlos. Acuérdate: has de aprender a apuntar bien.

Calisto hace una pausa, como si tras esas palabras todo se

hubiera vuelto tan grande y definitivo que ya no hubiera posibilidad de añadir nada más. Tiende la mano, como buscando una forma de terminar, tira de la oreja al chico que le ha preguntado. Éste retrocede, sorprendido. Los niños se dispersan como una bandada de pájaros. Calisto cruza la plaza para reunir a su grupo de exploradores, resuelta figura de odio. Los acompañaré.

La columna se mueve en fila india adentrándose en las tinieblas de caoba del bosque hacia Milange, que está a sólo ocho kilómetros de la frontera con Malawi. Todos respetan escrupulosamente su posición, pero está claro que yendo hacia el norte permanecemos en el interior de terreno controlado, donde no hay soldados gubernamentales. Quizás por eso los hombres de la Renamo parecen haberse vuelto alegres. Incluso en la vida más dura se encuentran momentos en los que uno puede creer por un instante que es feliz. Marchar por el bosque sería uno de esos momentos. Los rebeldes viven así, con períodos de miedo, de cansancio, de odio, de tímida levedad de corazón.

Calisto lleva la gorra colocada sobre el pelo de forma un tanto despreocupada. No es alto ni robusto como los demás, pero parece firme como un alambre de acero. Por la actitud deferente de sus hombres me doy cuenta de que es una persona a la que no hay que infravalorar.

Una vez superada la última colina, se entra en la llanura de Luala, que es como un infinito. Toda esta zona de Mozambique es así, ríos, pantanos y bosques. Los rebeldes marchan por una planicie cultivada que tiempo atrás debía de ser una plantación. Los campesinos, medio desnudos, están en los campos. Miran pasar a los guerrilleros con una absoluta indiferencia. Nos cruzamos con un grupo de mujeres, con los ojos vidriosos por el hambre, lo que les da un aspecto malicioso. Cargan con sacos de harina sobre sus hombros, hacen el camino inverso hacia la base, vigiladas por algunos milicianos armados. Es el tributo en provisiones que los campesinos tienen que pagar a los guerrilleros después de que la Renamo les haya devuelto las tierras que el Gobierno había nacionalizado en una precipitada y desordenada reforma agraria. Calisto tampoco hace descuentos: exige diez sacos de harina para sus tropas.

El *mambo*, el jefe de la aldea donde vivaqueamos, el hombre de cara árida, angulosa, mira fijamente al suelo, espera, tiene el aspecto que toman las personas condenadas por la autoridad, cualquier autoridad, sobre todo si ésta se basa en una ametralladora. Su inmovilidad no es rechazo, es sólo resignación. Las mujeres se mueven en torno a unos sacos, preparan el tributo. Pero el silencio irrita a Calisto:

—¿Qué ha hecho el Gobierno por vosotros? ¿Os ha alimentado, ha dado de comer a vuestros niños? En vez de traerlos comida os hablaban de la revolución del comunismo. Todo cambiará cuando estemos nosotros en el poder.

El *mambo* sigue mirando al suelo, no quiere encontrarse con sus ojos.

En esta zona ya no queda nada, ni transportes, ni comercio, ni dinero. Sólo tierra que cultivar. Los jefes de las aldeas tan sólo han de transmitir las órdenes de la guerrilla y volver a poner en marcha los tribunales tradicionales. Me han mostrado una escuela, una simple estera de juncos bajo un árbol viejísimo que proyecta una sombra demasiado clara. No hay ni pizarra, ni pupitres, ni libros, ni cuadernos. Los niños están sentados en el suelo. Un chico los hace cantar. Aquí todo el mundo vive en edificios sin tejado, con ventanas y puertas destrozadas. Acurrucados en el centro de estos edificios esqueléticos, los campesinos, con los ojos dilatados por el hambre, se ocupan resignados de cocer hierbas y raíces sobre un fuego de leña. Toda actividad humana parece consagrada sólo a la tarea de alimentarse.

La que antes se llamaba plaza de la Independencia está inundada de maleza; en las paredes del antiguo ayuntamiento, los *matsanga*, nombre que los rebeldes tomaron prestado del primer disidente del Frelimo que atacó a una patrulla del ejército, dando inicio así a la guerra civil, han escrito un eslogan: «¡Mozambiqueños, empuñad las armas!». En una habitación yace una caja fuerte reventada. Todo ha sido saqueado, incluso los grifos, las puertas, los muebles... Es el universo de la desolación.

El jefe de la aldea sigue esperando en silencio con las manos juntas.

—¿Tienes algo que decir? ¿Tienes la esperanza de que vengan los soldados a ayudarte? Has calculado mal.

La voz del hombre es extraña, como si naufragara en un sentimiento:

—Me estoy haciendo demasiado viejo para ser el jefe de la aldea y trabajar además en los campos. Comandante, le juro que no nos queda nada más, aparte de lo que ya hemos enviado al campamento con sus hombres. No quemé la aldea, por favor. Mejor lléveme a mí, que ya no sirvo para nada.

—Exactamente: ya no sirves. Nosotros tenemos nuestra justicia. Quemadlo todo —dice Calisto.

Hay momentos en que me pregunto si los hombres no se merecen las catástrofes hacia las que se lanzan a toda prisa. Luego me recupero. No, no se las merecen.

Las gentes del País del Hambre siempre van desnudas, son esqueletos humanos a los que sólo les queda el pudor de un harapo hecho con estopa y corteza de árbol. Han marchado durante días alimentándose de raíces que tienen que hervir durante quince horas para que suelten su veneno mortal. Ahora su esperanza de supervivencia se aferra a una superficie de asfalto desollada por los baches y por el bosque, que avanza reafirmando su poder de ramas y de raíces.

En este otro viaje mío a Mozambique, sólo tengo que repasar las imágenes de otras tragedias africanas: Biafra, Etiopía... El mismo horror, el mismo apocalipsis sin cifras que se repite, pero aquí se hace lejos de los clics de los objetivos y de la voz de la comunidad internacional.

El camión del padre Fortunato corre veloz por esta carretera de la muerte, una de tantas en el eterno calvario africano. Ya queda lejos la llanura vacía de Quelimane, donde un pueblo de hormigas araña con azadas y uñas esa tierra que la sal de las mareas dejó yerma. Ahora los surcos de los ríos tragados por la sequía anuncian los lejanos meandros del Zambeze.

Al padre Fortunato se lo ve contento: hace diez años huyó de su misión en Morrumbala, asediada por la guerra civil, hacién-

dose a sí mismo la promesa de regresar sólo cuando la paz hubiera vuelto a ese lugar, sin escoltas militares, sin minas, sin emboscadas. El milagro del padre Fortunato no existe, la paz es tan sólo una breve tregua firmada por los enemigos, Gobierno y guerrilla, tan exigua como una hoja de papel. Pero el padre Fortunato ha decidido aprovecharla, a pesar de las advertencias. No tiene miedo a cometer un pecado traicionando la letra de su compromiso: los hambrientos no esperan, ya se encargarán los teólogos de proporcionarme una causa canónica justa... Y se ríe mientras pasa a toda velocidad por encima de escollos teológicos y torrentes.

Reflexiona, recapitula:

—Diez años: durante todo este tiempo han robado a la población de Zambesia y de Mozambique. Porque ésta es una guerra típicamente africana: un conflicto de pobres subidos sobre los hombros de otros pobres.

Así es. En el origen están los excesos de un marxismo despojado de toda sustancia y reducido a socialismo de guarnición, al único producto de éxito que en definitiva creó la Gran Revolución Proletaria: el AK-47. Luego la guerra se convirtió en pura antropofagia. Ejército y Renamo se disputaron las poblaciones a base de matanzas y de saqueos. El Gobierno se quedó con las ciudades. El resto de los mozambiqueños sigue prisionero en la selva, marginado de la historia. Un holocausto sin alambradas ni torretas, explicado sólo por la voz de algunos escasos fugitivos.

La tregua permite *explorar* regiones enteras a quienes se atreven, los supervivientes de este naufragio alcanzan la orilla. Los supervivientes: porque nadie contará nunca cuántos han muerto de privaciones por el camino incluso antes de morir debido a la guerra. Hay niños que abren los ojos como platos, estupefactos al paso de nuestro camión o delante de una cámara fotográfica: nunca han visto nada semejante.

El padre Fortunato, que ha atravesado con una sonrisa en los labios la furia atea de estos marxistas australes, esparce por el camino su caridad, hecha de sacos de harina y de sal. En cada parada, un pueblo silencioso, sin banderas y sin esperanza, anima el bosque, revela otra inmensa ciudad de casuchas y de cañas.